



Moisés Garín Cariño

Foto: Noesis-Nuu Savi

radas dentro de este bosque cultural, parecen jugar en la actualidad un papel diversificado entre simple ornamento, *souvenir* de interés turístico y, en su caso, como material de consumo bajo minimizantes conceptualizaciones de una tan feroz como apabullante mercadotecnia al servicio de las dinámicas justamente consumistas, que se hallan al interior de los procesos de globalización en el mundo actual.

De tal forma, ante dichas acometidas, la reacción de las comunidades indígenas suscri-

be la defensa de sus tradiciones, de lo propio sin dejar de mostrar al mismo tiempo, muchas de las veces, una capacidad de adaptación a las (sus) necesidades contemporáneas inherentes.

Ello ha provocado ineludibles e interesantes fenómenos de un sincretismo musical que, a la vez que acepta y toma elementos del exterior, va propiciando paradójicamente una praxis en el arte de los sonidos y los silencios que reafirma y fortalece su cometido, además, como medio para coadyuvar a preservar sus tradiciones no sólo musicales y artísticas sino, de igual manera, favoreciendo la defensa y pervivencia de las lenguas indígenas originales.

Por sus características, y sin afán de establecer ninguna clase de etiqueta, es posible concebir musicalmente dicho sincretismo —aquel protagonizado por los sectores jóvenes de las comunidades indígenas— como una fuente de nuevas propuestas musicales provenientes del rock, el blues y el jazz.

Indudablemente permeadas también por la influencia de los medios electrónicos como la radio y la televisión, estas vertientes musicales son, no obstante, una nueva forma de manifestación identitaria cuyas intenciones incluso a veces van más allá de lo meramente